LA VIDA TERRENAL
COMO
INFIERNO
Y LA MUERTE COMO
CIELO
JORGE OJEDA

La Vida Terrenal como Infierno y la Muerte como Cielo

Se nos ha enseñado que el cielo es una recompensa y el infierno un castigo, que nuestras acciones determinan nuestro destino y que la vida terrenal es solo un ensayo para lo que viene después. Pero esa enseñanza es ingenua y, al observar el mundo real, se revela como un error monumental. El verdadero infierno no está después de la muerte, sino aquí, en la vida que vivimos todos los días, mientras que el cielo no es un premio futuro, sino la paz que la muerte finalmente ofrece.

La vida está llena de dolor. No hablo de simples dificultades, hablo de violencia que atraviesa los cuerpos y los espíritus: guerras, asesinatos, abusos, corrupción, hambre, enfermedades, explotación y jornadas interminables de trabajo que desgastan hasta el último hilo de nuestra energía. La injusticia no es una excepción, es la norma. Las personas sufren, mueren y pierden, muchas veces por causas que no pueden controlar. Las drogas, el alcohol, la corrupción, los abusos dentro de la propia familia, los crímenes más atroces: todo forma parte de un mundo que exige sobrevivir, que castiga la ingenuidad y que transforma la existencia en un tormento cotidiano.

En este infierno no hay lugar para la ilusión. La mayoría de los humanos cree que está viviendo, pero solo está existiendo: cargando con responsabilidades que no pidió, luchando por un plato de comida, intentando mantener un poco de dignidad mientras todo a su alrededor se desmorona. La ingenuidad de pensar que la vida es un regalo, cuando es un camino sembrado de dolor, es la prueba más clara de lo lejos que estamos de comprender nuestra propia existencia.

Y sin embargo, la muerte aparece como la única tregua verdadera, el cielo absoluto. No es un premio, no es recompensa ni castigo: es la liberación definitiva. La violencia, la injusticia, el dolor físico y emocional desaparecen; la presión de vivir se extingue. No hay más miedo, no hay más lucha, no hay más cargas. Todo lo que fue malo se disuelve y queda solo un silencio absoluto, una calma que ninguna experiencia terrenal puede brindar. La muerte no es enemiga ni cruel; es la tregua que la vida jamás nos ofrece.

Esta comprensión no es nihilista. No es un llamado a rendirse ni a escapar. Es un reconocimiento honesto de la realidad: el infierno está en la existencia que compartimos, el cielo está en la ausencia del sufrimiento. Esta idea no busca romantizar la muerte, sino darle sentido: entenderla como la paz que la vida, por su propia estructura, no puede dar. La vida es dura, injusta y despiadada, y cuanto antes lo comprendamos, antes podremos vivir conscientes de ello, sin ilusiones que nos engañen.

No se trata de dejar de vivir; se trata de mirar la vida con los ojos abiertos, de entender que el dolor, la injusticia y la pérdida son parte del mundo que habitamos. Y al mismo tiempo, reconocer que la muerte, lejos de ser un castigo, es la tregua definitiva, la calma absoluta que pone fin al infierno que ya vivimos. La vida no necesita ser gloriosa ni perfecta para enseñarnos su verdad: somos energía que sufre y resiste, y el fin de esa energía, aunque nos aterre, es lo único que promete descanso verdadero.

La realidad no espera a que la entendamos. La violencia, la injusticia y el dolor continúan. Pero la comprensión de nuestra existencia y de su final nos da un poder único: la lucidez para enfrentar la vida y aceptar la muerte sin temor, con la claridad de quien sabe que todo lo terrible que existe en el mundo no nos seguirá después, que solo queda la paz que jamás pudimos experimentar mientras estábamos atrapados en su infierno.

- Jorge Ojeda